

LA COYUNTURA CARABA

° El autor es profesor de la Cátedra de Historia Universal Contemporánea en la Universidad del Zulia.

I. Hacia la desmitologización de Carabobo

Desde algunos años en Venezuela se ha planteado la necesidad y la posibilidad de reescribir nuestra historia con un criterio más científico, acorde con las nuevas corrientes historiográficas y atendiendo menos a razones de carácter circunstancial o prejuicios arraigados de generación en generación.

Entre las primeras y principales tareas se sitúa el despojar de todo contenido mitológico y de lugares comunes a nuestra emancipación.

Para la historiografía tradicional, la independencia es un proceso simple, de cambios políticos, motivado esencialmente por una acción heroico-militar afortunada; de allí que Carabobo sería a escala nacional lo que Ayacucho a escala continental.

Se hace necesario situar adecuada-

mente este proceso que culmina en Carabobo y se continúa hasta nuestros días; se hace necesario reivindicar el sentido adecuado de este hecho y en general de todo nuestro pasado. No ya en función de leyendas negras o doradas, sino en función de una historia comprensiva que especifique la dimensión histórica concreta de cada hecho, lo sitúe en su perspectiva y horizonte adecuados tanto a nivel interior como exterior, y lo interprete en su proceso evolutivo y dialéctico.

Es necesario volver al principio, —aparentemente olvidado entre nosotros— de que todo hecho histórico se continúa en el tiempo anterior y posterior, y sólo es comprensible en su tridimensionalidad inherente: pasado-presente-futuro.

Carabobo, la Independencia y en general toda nuestra historia, debe incorporarse, hecha conciencia, a nuestro pueblo; para ayudarlo a definir sus objetivos y vencer los retos permanentes que todo pueblo tiene planteado. Para ello debemos desacralizar nuestra historia, quitarle esa carga de culto religioso, diti-rambo o negación gratuita, que se ha convertido en una evasión mitológica permanente de presentes que no comprendemos, que nos arredran o nos frustran.

Nuestra realidad no puede continuar siendo falsificada ni escamoteada; debemos enfrentarnos a ella y para ello el mejor aporte es incorporarnos a nuestra historia, auténtica, sin mixtificación, para mejor definirla.

II. Coyuntura mundial exterior

Nuestro proceso de independencia se sitúa en la etapa comprendida entre 1750 y 1850, aproximadamente, es decir, un siglo de profundas transformaciones que se van a operar en todos los órdenes de las sociedades europeo-occidentales y, por reflejo, en el resto del mundo.

Este proceso histórico ha sido calificado como el paso de una economía de subsistencia a una economía de desarrollo. El mundo occidental europeo sufre este proceso como un verdadero cambio revolucionario, pues "estaban cerrados en un mundo en que casi todo era fijo y uniforme, el de una economía de subsistencia en que una producción casi estacionaria basta para proveer a una población también casi sin crecimiento". Esta situación, rígida y hierática, cuya máxima ambición era alcanzar, a nivel económico, la riqueza y la prosperidad del imperio romano, viene a ser rota por

dos acontecimientos verdaderamente significativos: la explosión demográfica y la revolución industrial. Por un lado, el control y prevención de muchas causas de muerte —que explican el crecimiento acelerado de la población— y, por el otro lado, la revolución industrial, que, fundamentada en la máquina, proveerá al hombre de una capacidad de producir cosas nunca antes imaginadas.

La conjunción de ambos fenómenos, ensamblados por el liberalismo, constituirá el instrumento de transformación más profundo que el hombre hasta el momento tuviera a su disposición.

El liberalismo, con su tremenda carga expansiva, con su creencia ilimitada en el poder creador y transformador del hombre, con su optimismo histórico profundo, va a lanzar a la Europa occidental —y concretamente a Inglaterra— a una expansión y a un dominio por el mundo que no conocerá frontera alguna.

España, metrópoli colonial de nuestros países, va a permanecer al margen de este proceso. Este marginamiento es posible explicarlo a través de muchas razones; desde un punto de vista estrictamente económico, España permanece anclada en un mercantilismo que le ha permitido en su momento la preeminencia y la hegemonía imperial, alimentada con el oro y la plata americanos. Lo que hizo fue vaciar a América, vaciándose ella misma de hombres y riquezas, alimentando paradójicamente a sus rivales, concretamente a Inglaterra.

Además, la misma concepción mercantilista, traducida en política, acentuará el aislamiento de España y sus colonias del resto de Europa; se provocará con ello un distanciamiento cada vez más acentuado entre el desarrollo socio-económico de países como Inglaterra y Francia. Este distanciamiento todavía es manifiesto en nuestros días.

MUNDIAL DE

B O B O

Angel Lombardi

No es por simple azar, pues, el rezago español en contraposición a Inglaterra, Francia y los Países Bajos. A partir de allí, el centro de gravedad se desplaza y las ideas liberales se convierten en la fuerza de cambio histórico por excelencia.

En esta perspectiva es donde hay que buscar las razones profundas de nuestro proceso de liberación. El desplazamiento del imperio español, como sistema predominante en el mundo, por el imperio británico, representará no sólo

un reemplazo del país dominante, sino también cambios profundos en los sistemas económicos y políticos, en las concepciones ideológicas y en las políticas concretas.

III. Coyuntura interior

A nivel interno, en las colonias españolas americanas, y concretamente en nuestro país, el proceso que acabamos de referir se corresponde con una generación —y dentro de ella, Bolívar, con características propias y acentuadas— realmente preparada para el destino asignado. Informada e influida por las nuevas ideas y realidades que transformaban a Europa —encarnadas en la Revolución Francesa y en la independencia norteamericana— se apresta a romper con la metrópoli, en aras de esos mismos principios y afincados sólidamente en la propia realidad. Es asombroso constatar que nunca más en Venezuela se va a dar esta conjunción de nivel ideológico avanzado y vivencias profundas de la propia realidad.

Nuestro proceso de Independencia, en consecuencia, se nutrirá constantemente en estas dos vertientes. Por un lado se busca la libertad como valor supremo, y por otro lado se tratará de afirmar nuestra fisonomía como pueblo, expresión fiel de lo que éramos y lo que queremos ser.

Este último problema se nos plantea con una radicalidad tal que, de hecho, configura nuestro principal problema: nuestra esencialidad.

Las actuales teorías de la modernización y el desarrollo social han establecido como presupuesto básico de estos procesos, la existencia de una conciencia colectiva y unos objetivos nacionales definidos, la inexistencia de los cuales compromete seriamente el futuro de una sociedad.

Después de la emancipación, en Venezuela se nos plantea un terrible problema de identidad que nos hace dividirnos y subdividirnos, oponiéndonos entre nosotros mismos; a la par que nos convierte en campo propicio para la doctrina o filosofía de moda, así como para cualquier otro tipo de influencia cultural.

Toda esta ruptura o vacío psicológico que nos falsifica en cuanto a existencia histórica colectiva, provoca ese largo período de historia venezolana que Salcedo Bastardo califica de contrarrevolución. Es la historia negadora de aquellos principios y valores que se proyectan a raíz de la independencia, como producto de un proceso cultural interno y externo, que configuró a nuestra sociedad y a nuestros dirigentes revolucionarios.

IV. Conclusión

Carabobo es la culminación vital de este proceso que termina por imponer nuestra independencia, pero al mismo tiempo se constituye en nuestro mayor reto. Allí mismo se insinúa la otra dominación, que se acrecentará con los años —la de Inglaterra— y que en nuestros días heredan, a través del petróleo y la decadencia inglesa, los Estados Unidos.

Este sesquicentenario de Carabobo viene a plantearnos la necesidad de reanudar un proceso —que en los pueblos tiene que ser ininterrumpido— de afir-

mación e independencia nacional, como única garantía de preservar nuestra identidad y, por consiguiente, garantizarnos realización permanente, tanto a nivel nacional como a nivel internacional.

La nueva batalla de Carabobo se nos insinúa a nosotros como la lucha por vencer el subdesarrollo y las diversas dependencias que ello implica.

Es el proceso laborioso de todo nuestro pueblo para volver a vivir de una manera creadora nuestra realidad en sentido universal.